
La sombra fragmentada

Una lectura *de El doble oscuro* de María Teresa de Vega

Por Cecilia Domínguez Luis

«Intriga cómo la sombra sigue teniendo ese aspecto de silueta..., cómo nos sigue y nos persigue y finge que envejece y finge que alza la mano para decir adiós...».

Esta reflexión de Rut, uno de los personajes de la novela *El Doble oscuro* de María Teresa de Vega, publicada por NACE, aparece en el fragmento número trece, y es una de las muchas reflexiones que encontraremos a lo largo de los sesenta y siete fragmentos que la constituyen.

Y digo fragmentos y no capítulos porque, en este libro, se entrecruzan ideas, acciones, tiempos, espacios y personajes, como si se tratara de un puzle que el lector debe ir reconstruyendo.

Dos historias principales: la de Rut, que sabemos muerta ya desde el principio, y la del manuscrito robado que, precisamente, pertenece a la última novela escrita por la protagonista de la primera historia.

Con este recurso de manuscrito perdido o robado se da pie a una novela coral, en la que un grupo de escritores, amigos o conocidos de Rut, se reúnen en la Librería de Mujeres de Santa Cruz de Tenerife –de la que, con contundencia, afirma «es una librería y una obstinación»–, para intentar esclarecer el misterio del manuscrito pero también y sobre todo, para iniciar una serie de diálogos en los que prevalece la reflexión sobre la literatura, sus luces y sus sombras, los medios de comunicación y las redes sociales,

pero también sobre la posible necesidad de venganza, sobre el odio, sobre el deseo o no de perdurar, sobre la vanidad y la hipocresía.

Una de las curiosas características de esta novela es los nombres de los personajes. Un recurso más de la autora, que nos proporciona información, a veces veraz, otras no tanto, sobre la idiosincrasia de cada uno de los componentes de la tertulia.

Así, Higo Pico, nombre por el que se conoce al periodista que va a ser el investigador más directo del caso; nombres relacionados con la mitología como el de Perseo, Ariadna, o Pasifae, cuya simbología a veces dice y otras contradice a sus portadores. O el de Gretel, la librería, el personaje más reconocible, y que lleva el nombre de un valeroso personaje de uno de los cuentos más conocidos de los hermanos Grimm.

A lo largo de todos estos fragmentos iremos conociendo los avatares, amores y pensamientos de Rut que, en cierta medida, son como un contrapunto a esos diálogos de los contertulios de la librería donde se reflexiona sobre la visión que cada uno de ellos tiene del mundo, no solo del literario, aunque se abunde más en él. No en vano todos los que hablan son escritores o pretenden serlo.

Y entre esos espacios que deja el diálogo, la sombra de la duda acerca del autor del robo que planea, tal vez como un acicate, sobre estos contertulios, bajo la mirada lúcida de la librería.

El mundo literario se entrecruza, pues, con el real y cotidiano.

Incluso –ya que se habló antes de la posible simbología de los nombres de los personajes– el apellido de Rut, Marrero, al investigar su posible origen judeoportugués, va a dar pie a una reflexión sobre el conflicto israelí, uno más de tantos conflictos bélicos de la sociedad actual, con esa obsesión de posesionarse de un territorio.

Toda una digresión sobre la venganza y el odio. «En Tierra Santa solo existe el odio que gobierna como un tirano», se afirma en el fragmento sesenta y siete, en un diálogo entre Higo Pico y Rut, sobre el actual «placer de la destrucción».

No faltan los pequeños grandes homenajes a autores literarios y filosóficos, como Borges, Cortázar, Kafka, Pascal o Zenón y su conocido mito de Aquiles y la tortuga, y, cómo no, el homenaje a unos de los escritores fetasianos, quizá el más olvidado, Antonio Bermejo, al que no se nombra, pero del que da las suficientes pistas para que lo reconozcamos, en un viaje de Rut, entre la realidad y la ensoñación, entre el ayer y el hoy, en ese tiempo siempre presente que ocupan los sueños.

Otro rasgo muy presente en esta novela es la ironía, el guiño y las anécdotas humorísticas, algo que ya había aparecido, aunque más tímidamente, en anteriores novelas de María Teresa de Vega, y que ahora parece afirmarse en muchos de los fragmentos de *El doble oscuro*, como la ocurrencia de Pasifae de llevarse a todos los papanoeles y renos con que se adornan las calles en Navidad, o el poema que este mismo personaje escribe «a la manera insumisa y desvergonzada de la poesía beat».

Al margen de la solución del misterio de la desaparición del manuscrito, estamos ante una novela fragmentada, como lo es la vida, escrita con un lenguaje cuidado en el que las descripciones, como la de la librería o la de la propia ciudad, nos sitúan en un espacio conocido y que, por lo tanto, nos acerca más a la historia. Unas descripciones con un cierto aliento poético muy medido y apropiado a cada instante o lugar.

Todo un mosaico vital y literario que nos habla de la madurez con la que la autora nos da su visión de ese microcosmos que la rodea, que no es otra cosa que una visión muy particular del mundo.

Publicado en el suplemento «El Perseguidor»

de Diario de Avisos.

15 de abril de 2018.